Sanar a los enfermos

El élder Dallin H. Oaks, del Cuórum de los Doce Apóstoles, enseñó que la fe es esencial para que ocurran milagros:

"La fe es esencial para sanar mediante los poderes del cielo. En el Libro de Mormón incluso se enseña que 'si no hay fe entre los hijos de los hombres, Dios no puede hacer ningún milagro entre ellos' (Éter 12:12) [véase también 1 Nefi 7:12; D. y C. 35:9]. En un memorable discurso sobre la bendición a los enfermos, el presidente Spencer W. Kimball dijo: 'A menudo se le resta importancia a la necesidad de la fe. Parecería que con frecuencia el afligido y la familia dependen enteramente del poder del sacerdocio y del don de sanidad que esperan que tengan los hermanos que lo bendicen, mientras que la responsabilidad mayor la tiene el que recibe la bendición… El elemento más importante es la fe de la persona cuando ésta es consciente y responsable. "Tu fe te ha sanado" [Mateo 9:22] lo dijo el Maestro con tanta frecuencia que casi se convierte en un refrán' [véase "El don de sanidades", *Liahona*, septiembre de 1982, pág. 43]" ("Sanar a los enfermos", *Liahona*, mayo de 2010, págs. 48–49).

El élder Dallin H. Oaks también nos recordó que parte importante de tener fe es estar dispuestos a aceptar la voluntad de Dios:

"Al ejercer el poder indudable del sacerdocio de Dios y conforme atesoremos Su promesa de que Él escuchará y contestará la oración de fe, siempre debemos recordar que la fe y el poder sanador del sacerdocio no pueden producir un resultado contrario a la voluntad de Aquel de quien es este sacerdocio. Este principio se enseña en la revelación que ordena que los élderes de la Iglesia pongan las manos sobre los enfermos. La promesa del Señor es que 'el que tuviere fe en mí para ser sanado, y *no estuviere señalado para morir*, sanará' (D. y C. 42:48; cursiva agregada). Del mismo modo, en otra revelación moderna el Señor declara que cuando uno 'pide en el Espíritu… es hecho conforme a lo que pide' (D. y C. 46:30) [véase también 1 Juan 5:14; Helamán 10:5].

"De todo esto aprendemos que incluso los siervos del Señor, al ejercer Su divino poder en una situación en la que haya suficiente fe para ser sanado, no pueden dar una bendición del sacerdocio que cause que una persona sea sanada si esa sanidad no es la voluntad del Señor.

"Como hijos de Dios, al saber de Su gran amor y Su conocimiento supremo de lo que es mejor para nuestro bienestar eterno, confiamos en Él. El primer principio del Evangelio es fe en el Señor Jesucristo, y la fe significa confianza. Sentí esa confianza en un discurso que dio mi primo en el funeral de una adolescente que había muerto a causa de una enfermedad grave. Pronunció estas palabras, que primero me sorprendieron y que después me edificaron: 'Sé que fue la voluntad del Señor que ella muriera; tuvo buena atención médica, recibió bendiciones del sacerdocio, su nombre estaba en la lista de oración del templo y fue objeto de cientos de oraciones para que se restableciera su salud. Sé que hay suficiente fe en esa familia para que ella hubiera sido sanada a menos que fuera la voluntad del Señor llevársela a Su hogar en este momento'. Sentí esa misma confianza en las palabras del padre de otra joven excepcional cuya vida fue arrebatada por el cáncer en su adolescencia. Él declaró: 'La fe de nuestra familia radica en Jesucristo, y no depende de los resultados'. Esas enseñanzas me suenan verdaderas. Hacemos todo lo que podemos para que un ser querido sane, y después le confiamos al Señor el resultado" ("Sanar a los enfermos", *Liahona*, mayo de 2010, pág. 50).

© 2015 POR INTELLECTUAL RESERVE, INC. TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS